

Pertenece a ese grupo de artistas que no buscan la moda ni el protagonismo. Es raro verlo ante las cámaras, pues dice que su obra es la que habla por él. Esquivo y hermético es este hombre de 51 años que estudió en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, cuando aún era un adolescente. Pero fue al principio de la década de los ochenta que Gonzalo Díaz se insertó vigorosamente en el mundo de la plástica. Su currículum no tardó en engrosarse con muestras nacionales y también de exposiciones en el extranjero, que ya superan las veinte. Así es como las bienales de arte más importantes han contado con su presencia, al igual que el Museo de Arte Moderno de Nueva York. Además es ganador de la prestigiosa beca Guggenheim y tres veces del concurso Fondart.

Sus inicios fueron en la pintura, dibujo y gráfica, pero de pronto sintió la necesidad de una nueva reflexión en torno a su quehacer, lo que lo llevó a la teoría. Comenzó entonces con una sacralización de las corrientes tradicionales del arte, experimentando, cuestionando y traspasando sus fronteras. Pero no es hasta que obtiene una beca del gobierno italiano para residir y trabajar allá que se imbuje de lo que en ese momento imperaba en el ámbito de la plástica: la transvanguardia.

Según el artista, este movimiento utiliza

## GONZALO DÍAZ Y SU VÍA CRUCIS

todos los logros de la investigación artística del siglo XX. De ahí en adelante, Díaz critica a las artes visuales más comunes, sus circuitos de comercialización y sus lenguajes.

La instalación se convirtió en su leit motiv, en su forma de reflejar y reflexionar sobre el siglo que se va. Se trata de una disciplina híbrida y compleja en la que confluyen la arquitectura, pintura y escultura; los performances y los objetos. Todos juntos dan cabida a una nueva forma de expresión, hoy independiente y autosuficiente.

En esta oportunidad, su exposición *Quadrivium: Ad usum Delphini*, inaugurada en la Galería Gabriela Mistral el 14 de octubre, y que se extenderá hasta el 12 de noviembre, está dedicada a la memoria del artista chileno recientemente fallecido, Adolfo Couve.

Díaz se apropia creativamente de las dimensiones físicas de la galería, transformando la primera sala en un recinto blanco y vacío donde aparece una pequeña apertura para ingresar en la segunda. Por esta entrada sólo cabe una persona, lo que obliga, desde un principio, a compenetrarse en la intimidad de su instalación.

El artista se basa en las estaciones del

Vía Crucis y las escenifica como una estructura narrativa basada en la repetición de ciertos elementos seriados (14 entradas a túneles de trenes, 14 pinturas de marinas y 14 pequeños barcos de juguete). Frente a cada parada se proyectan 14 palabras en el muro, correspondientes a figuras retóricas del lenguaje.

El espectador se introduce en un espacio lúdico, libre, sorprendente, el que instantáneamente adquiere una carga y un clima psicológicos que aclaman por ser descifrados. Pero ésta es una muestra que hay que vivirla, hay que experimentarla. Hay que descubrir —personalmente— cómo Díaz logra ir más allá de la identidad de las cosas consigo mismas y trasciende en su significado y en lo que simbólicamente pueden llegar a representar.



### La instalación

Ligada al término ambiente, la instalación no puede especificarse ni definirse tajantemente, ya que alude a una manipulación, hecha por un artista, a un espacio específico, y que asume el estatuto de arte debido a que éste sobrepasa su función cotidiana real. En otras palabras, interactúan elementos y contextos.

El nacimiento de este género no se puede definir con exactitud, pero sí comienza a hacerse notar a mediados de los años 50, en un medio de experimentación formal que sufría el arte en ese entonces. Respondiendo a los detonantes



Gonzalo Díaz

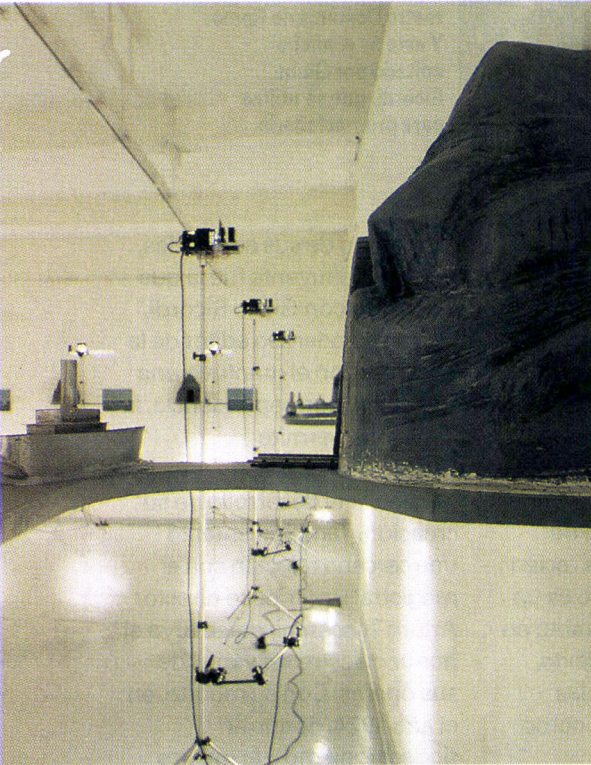
psicológicos e históricos del mundo, todo pasó a ser relativo y las ideas les ganaron la batalla a las cosas. Éste ha sido un emblema que ha ido desarrollándose rápidamente en la historia del arte actual, amarrado al propósito de fusionar e integrarse con la vida misma.

Una instalación envuelve a su espectador demandando de él una lectura diferente, más comprometida. La obra se habita y así obliga a abandonar la actitud pasiva del observador. Lejos de la contemplación desinteresada, reclama un comportamiento exploratorio, gatillando y estimulando así una cantidad infinita de posibles reacciones.



## TESTIGOS DEL TIEMPO

Esta muestra fotográfica de la artista mexicana Flor Garduño revela aspectos típicamente americanos como las plegarias, sacrificios, trabajos, objetos y religión. Compuesta por 71 fotos en blanco y negro, con una fuerte carga psicológica. (Museo Nacional de Bellas Artes. Hasta el 22 de noviembre).



Quadrivium: Ad usum Delphini está dedicada a la memoria del escritor Adolfo Couve. Esta exposición de Gonzalo Díaz se basa en las estaciones del Vía Crucis y se presenta en la Galería Gabriela Mistral.

## el teatro

POR PATRICIA CORONA

### “CARTAS DE JENNY”

Esta es la oportunidad para quienes no presenciaron un alabado montaje que estrenara el Teatro Imagen en 1989, con el cual viajaron a diversos festivales del mundo. Se trata de la premiada “Cartas de Jenny”, que regresa a la cartelera con el mismo elenco de antaño. Jael Unger (Jenny Masterson), Elvira López (Viviana Torrealba), Gonzalo Meza (Kevin Masterson) y Luciano Morales (hombre de negro) suben a escena con la historia intimista de conflictivas relaciones entre madres, hijos y nueras.



Con algunas modificaciones, el director Gustavo Meza afronta otra vez esas cartas fechadas entre los años treinta y cincuenta en Chile. La autora fue una irlandesa que vivió en el país y se las dirigió a su hermana residente en Europa. A través de esas misivas se descubren diversos matices de un gran personaje femenino y su influencia en quienes la rodean.

(Viernes a las 21 horas. Sala Shakespeare: Bombero Núñez 329).